

Sobre la devoción del Belén y sus orígenes

Luis Gómez Canseco

Los testimonios que rodean y explican los orígenes del nacimiento e infancia de Cristo son, como cabría esperar, numerosos e incluso contradictorios. Unos forman parte de la historia canónica y otros de otra historia en cierta manera marginal, pero que se ha mantenido viva en muchas tradiciones populares; pues, al fin y al cabo, para que exista una cultura oficial y una ortodoxia ha de encontrarse también una contracultura en cierta manera heterodoxa. Eso también ocurre con la Navidad.

La historia canónica y ortodoxa de las Navidades la encontramos en el evangelio de san Lucas 2, 1-16, donde se narra el nacimiento del Señor. El texto es de sobra conocido:

Estando allí [en Belén] se cumplieron los días de su parto, y dio a luz a su hijo primogénito, y le envolvió en pañales y le acostó en un pesebre, por no haber sitio para ellos en el mesón. Había en la región unos pastores que pernoctaban al raso, y de noche se turnaban velando sobre su rebaño. Se les presentó ángel del Señor, y la gloria del Señor los envolvía con su luz quedando ellos sobrecogidos de gran temor. Dijoles el ángel: «No temáis, os traigo una buena nueva, una gran alegría, que es para todo el pueblo; pues os ha nacido hoy un Salvador, que es el Mesías, Señor, en la ciudad de David». Esto tendréis por señal: encontraréis un niño envuelto en pañales y reclinado en un pesebre. Al instante se juntó con el ángel una multitud del ejército celestial que alababa a Dios diciendo: «Gloria a Dios en las alturas y paz, en la tierra a los hombres de buena voluntad».

San Mateo es el que añade todo lo de los reyes magos en su evangelio (2, 1-12), cuando dice: «...llegaron del oriente a Jesús... la estrella que habían visto en oriente les precedía, hasta que vino a pararse encima del lugar donde estaba el niño. Al ver la estrella sintieron grandísimo gozo, y, llegando a la casa, vieron al niño con María, su madre, y de hinojos le adoraron y abriendo sus cofres, le ofrecieron como dones oro, incienso y mirra».

Hasta aquí, la doctrina oficial. Sin embargo, hay otras Navidades que alteran, complementan y rebaten ese relato canónico. Y como el único objetivo es conocer, debemos atenernos a aquella sabia sentencia que esgrimió en padre Feijoo contra sus detractores, al asegurar que, en la re-



pública de las letras, era un ciudadano libre. De hecho, fue la misma Iglesia la iría desecharando de su canon teológico una serie de textos que, en principio, había aceptado y que narraban de un modo menos conciso y, no obstante, más sorprendente el nacimiento y la infancia de Cristo. Esos textos se conocen como los evangelios apócrifos y, entre ellos, cabría destacar el protoevangelio de Santiago, el evangelio del Pseudo Mateo, el **Libro sobre la infancia del Salvador** o el evangelio del pseudo Tomás.

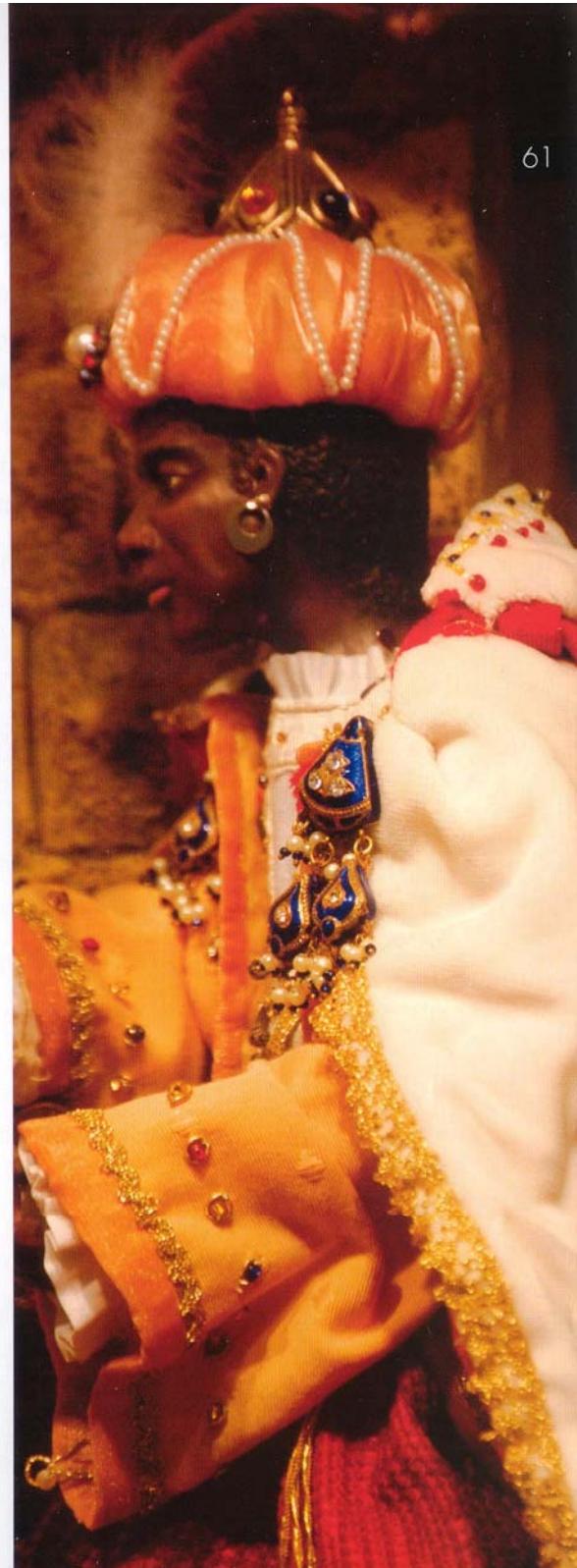
La versión más singular del nacimiento es la que da el protoevangelio de Santiago, atribuido nada menos que a Santiago el Menor, el hijo de Zebedeo y hermano del mismo Cristo. Parte del texto se escribió probablemente hacia el siglo II después de Cristo y la versión definitiva se concluiría hacia el siglo IV. La intención de este texto (y de otros evangelios apócrifos que lo imitaron) fue la de dar un testimonio irrefutable y empírico de la virginidad física de María, y no sólo de su immaculada concepción. La narración resulta apasionante. Resulta que san José y la Virgen se dirigen a Belén, cuando les sobreviene el momento del parto en el camino. María le avisa, según dice el protoevangelio con contundencia: «Bájame de la burra, porque el fruto de mis entrañas pugna por venir a la luz». San José entonces lleva a María a una cueva y se dirige a Belén a buscar una partera. En el camino empiezan a suceder cosas extrañas. En el texto pueden leer el testimonio de san José en primera persona:

Y yo, José, me eché a andar, pero no podía avanzar; y al elevar mis Ojos al espacio, me pareció ver como si el aire estuviera estremecido de asombro; y cuando fijé mi vista en el firmamento, lo en-

contré estático y los pájaros del cielo inmóviles; y al dirigir mi mirada hacia la tierra, vi un recipiente en el suelo y unos trabajadores echados en actitud de comer, con sus manos en la vasija. Pero los que simulaban masticar, en realidad no masticaban; y los que parecían estar en actitud de tomar la comida, tampoco la sacaban del plato; y, finalmente, los que parecían introducir los manjares en la boca, no lo hacían, sino que todos tenían sus rostros mirando hacia arriba. También había unas ovejas que iban siendo arreadas, pero no daban un paso, y el pastor levantó la diestra para bastonearlas, pero quedó su mano tendida en el aire. Y, al dirigir mi vista hacia la corriente del río, vi cómo unos cabritillos ponían en ella sus hocicos, pero no bebían. En una palabra, todas las cosas eran en un momento apartadas de su curso normal.

La descripción, cuando menos, estremece. San José se encuentra con la partera y le explica que la mujer que está en la cueva es su mujer, pero que no está embarazada de él, sino del Espíritu Santo. Cuando llegan a la cueva la visión resulta, cuando menos, perturbadora:

Al llegar al lugar de la gruta se pararon, y he aquí que ésta estaba sombreada por una nube luminosa. Y exclamó la partera: «Mi alma ha sido engrandecida hoy, porque han visto mis ojos cosas increíbles, pues ha nacido la salvación para Israel». De repente, la nube empezó a retirarse de la gruta y brilló dentro una luz tan grande, que nuestros ojos no podían resistirla. Ésta por un



momento comenzó a disminuir hasta tanto que apareció el niño y vino a tomar el pecho de su madre, María. La partera entonces dio un grito, diciendo: «Grande es para mí el día de hoy, ya que he podido ver con mis propios ojos un nuevo milagro».

Entonces llega el momento cumbre de la narración, porque la partera Salomé tiene dudas de que todo aquello sea verdad y no cosa de magia. Recuerden ahora cómo santo Tomás en el evangelio de san Juan asegura que no creerá en la resurrección de Cristo, si no mete su mano en la herida del costado. Lo mismo dice Salomé, pero ahora la circunstancia resulta algo más problemática, ya que tiene que meter la mano en un sitio más impropio: nada menos que en la naturaleza de la virgen María. Así lo que cuenta el texto:

Y, al salir la partera de la gruta, vino a su encuentro Salomé, y ella exclamó: «Salomé, Salomé, tengo que contarte una maravilla nunca vista, y es que una virgen ha dado a luz; cosa que, como sabes, no sufre la naturaleza humana». Pero Salomé repuso: «Por vida del Señor, mi Dios, que no creeré tal cosa si no me es dado introducir mi dedo y examinar su naturaleza. Y, habiendo entrado la partera, le dijo a María: «Disponte, porque hay entre nosotras un gran altercado con relación a ti». Salomé, pues, introdujo su dedo en la naturaleza, mas de repente lanzó un grito, diciendo: «¡Ay de mí! ¡Mi maldad y mi incredulidad tienen la culpa! Por tentar al Dios vivo se desprende de mi cuerpo mi mano carbonizada».

En el **Evangelio del Pseudo Mateo**, se narra que la partera inmediatamente se arrepiente y, por inspiración del ángel del Señor, se acerca a la cuna del niño Jesús para dar ocasión a un nuevo prodigo: «Ella se acercó al niño con toda presteza, le adoró y tocó los flecos de los pañales en que estaba envuelto. Y al instante quedó su mano curada». No eran las únicas propiedades que el **Pseudo Mateo** atribuyó a los pañales, pues, una vez que la Virgen María se los entregó a los Reyes Magos en correspondencia a sus presentes, éstos siguieron contemplando nuevas maravillas:

Y salieron a su encuentro los reyes y los principales preguntándoles qué era lo que habían visto o hecho, cómo habían efectuado la ida y vuelta y qué había traído consigo. Ellos les enseñaron este pañal que les había dado María, por lo cual celebraron una fiesta y, según costumbre encendieron un fuego y lo adoraron. Después arrojaron el pañal sobre la hoguera y al momento fue arrebatado y contraído por el fuego. Mas

cuando este se extinguíó sacaron el pañal en el mismo estado en que estaba antes de arrojarlo, como si el fuego no lo hubiera tocado. . . Por lo cual tomaron aquella prenda y con grandes honores la depositaron entre sus tesoros.

La explicación teológica de este texto está en el empeño que los cristianos del siglo II pusieron en defender la virginidad material de la Virgen María; no de otro modo se explica el hecho excesivo y abrumador, desde el punto de vista religioso, de que alguien meta sus dedo en la naturaleza de la madre de Dios para comprobar si es Virgen. Para los pensadores paganos, la virginidad de María fue un objetivo permanente de críticas hacia la teología judeocristiana; y a pesar de que los cristianos, cuando llegaron al poder procuraron hacer desaparecer todas esas críticas, nos ha llegado un excelente testimonio de ellas por una vía insospechada. Se trata del **Discurso verdadero contra los cristianos**, escrito por un filósofo neoplatónico llamado Celso, precisamente en el siglo II. Los únicos fragmentos de su obra que conocemos se encuentran dentro de un texto apológetico que escribió el teólogo cristiano Orígenes, en concreto su tratado **Contra Celso**. En un momento del discurso, Celso pone en escena a un personaje judío que habla directamente con Jesús y que replica a todas las afirmaciones sobre su origen divino y su condición de hijo de Dios con una crudeza que todavía afecta en los oídos devotos:

Comenzaste por fabricar una filiación fabulosa, pretendiendo que debías tu nacimiento a una virgen. En realidad, eres originario de un lugarezco de Judea, hijo de una pobre campesina que vivía de su trabajo. Ésta, culpada de adulterio con un soldado llamado Pantero, fue rechazada por su marido, carpintero de profesión. Expulsada así y errando de acá para allá ignominiosamente, ella dio a luz en secreto. Más tarde, impelida por la miseria a emigrar, fuese a Egipto, allí alquiló sus brazos por un salario; mientras tanto tú aprendiste algunos de esos poderes mágicos de los que se ufanan los egipcios; volviste después a tu país, e, inflado por los efectos que sabías provocar, te proclamaste dios.

¿Sería acaso tu madre tan bella como para corresponder a un Dios, cuya naturaleza entre tanto no soporta que Él se rebaje a amar a simples mortales? ¿Querría un dios disfrutar de sus caricias? Pero repugna a un Dios que Él haya amado a una mujer sin fortuna ni nacimiento regio como tu madre, porque nadie, ni siquiera sus vecinos, la conocían. Y, cuando el carpintero, lleno de odio por ella, la expulsó, ni el poder divino ni el «Logos», hábil en persuadir, la pueden salvaguardar de una tal afrenta. Nada hay en esto que haga presentir el Reino de Dios.

Hay que entender que, a los paganos, la narración del nacimiento de Cristo pudiera resultarles familiar, pues tenían el antecedente del nacimiento del padre de los dioses griegos, de Zeus. Tal como cuenta Hesíodo en la **Teogonía**, Zeus era hijo de Cronos y Rea. El problema estaba en que Cronos se comía a los hijos que Rea daba a luz, con la intención de que nadie pudiera derrocarle de su trono. Cuando Rea quedó embarazada de Zeus, se refugió en una cueva de la isla de Creta. El niño recién nacido fue cuidado por una cabra llamada Amaltea y protegido por un pueblo que vivía allí, llamado los Curetes, que defendían al niño de la ira de Cronos haciendo ruido y cantando. Si se sustituye a Cronos por Herodes, a Rea por María, la cueva de Creta por el portal de Belén, la cabra Amaltea por



la burra y el buey y los Curetes por los pastores, obtendremos el nacimiento de Jesucristo en vez del de Zeus.

No fue ése el único problema teológico que los cristianos tuvieron que afrontar. Había, al menos, otros dos más, igualmente curiosos y singulares: a la fecha del nacimiento de Cristo, se unían los avatares de su infancia. Al parecer, la fecha original del nacimiento había sido en enero, coincidiendo con la actual festividad de la Epifanía. Pero es que el cristianismo, en su afán de engullir a los creyentes paganos, convirtió sistemáticamente en fiestas propias las celebraciones de los cultos griegos y latinos. No deja de ser sospechoso que la Pascua se celebre en la misma fecha en las que tenían lugar las fiestas megalesias y la «pasión» de Atis: es decir, que la resurrección de Cristo la celebraban los cristianos en el momento de la renovación anual del ciclo agrícola. Lo mismo ocurrió con la Navidad, ya que la fecha del nacimiento fue trasladada desde la Epifanía, que todavía celebran los ortodoxos a principios de enero, al solsticio de invierno, es decir, a la noche del 24 de diciembre. El cristianismo alteró el orden del tiempo para integrar las fiestas y las explicaciones paganas de los ritmos de las estaciones en sus propias celebraciones. Por eso no tuvieron inconveniente en cambiar la historia y llevar el nacimiento de Cristo de enero a diciembre. Un comentarista siriaco del s. VI explicaba las motivaciones del cambio en Occidente, como pueden leer en el texto siguiente:

La razón por la que los padres cambiaron la fiesta celebrada el 6 de enero fue esta: era costumbre para los paganos celebrar precisamente en este mismo 25 de diciembre el nacimiento del Sol... De sus celebraciones y fiestas eran asimismo partícipes los cristianos. Cuando los doctores se dieron cuenta... decidieron que se celebrara en ese mismo día el auténtico nacimiento y en el 6 de enero la fiesta de la epifanía.

Incluso el apócrifo **Evangelio de la infancia** aseguraba que los Reyes Magos presentaron al Niño Jesús una carta firmada y sellada por el dedo mismo de Dios, que éste había entregado a Adán con motivo del nacimiento de su hijo Set. En esa carta se revelaba el lugar donde había de nacer el Salvador del mundo y la fecha de ese nacimiento, señalada para el año seis mil, el día sexto de la semana, a la hora sexta.

La infancia de Cristo también había dado lugar a no pocas disputas teológicas. Ya desde el pesebre, los apócrifos presentan a Jesús como niño singular y hasta problemático. Cuenta el **Pseudos Mateo** que el buey y la mula le adoraron al reconocerle como Dios, pero que la

mula intentó comerse las pajas del pesebre, por lo que la maldijo eternamente y la condenó a la esterilidad. Esos mismos poderes se extienden a los primeros años de la vida de Cristo. De hecho, los evangelios canónicos no dicen apenas nada de ese período, fuera de la historia del niño perdido y hallado en el templo predicando a los doctores. Pero, de nuevo, los evangelios apócrifos son más puntuales y también más divertidos.

Entre otras muchas historias curiosas y sorprendentes, el evangelio del pseudo Tomás cuenta un par de episodios maravillosos en los que el niño Jesús aparece con una imagen bastante distinta a la que se le supone a nuestro Redentor: «Iba otra vez por medio del pueblo y un muchacho, que venía corriendo, fue a chocar contra sus espaldas. Irritado Jesús, le dijo: "No prosegurías tu camino". E inmediatamente cayó muerto el rapaz». Como era de esperar, a los padres del niño muerto la cosa no les pareció nada bien y san José recriminó al niño, que le contesta un poco sobrado, como quien es nada menos que Hijo de Dios:

José llamó aparte a Jesús y le amonestó de esta manera: «¿Por qué haces tales cosas, siendo con ello la causa de que éstos odien y persigan?». Jesús replicó: «Bien sé que estas palabras no proceden de ti. Mas por respeto a tu persona callaré. Esos otros, en cambio, recibirán su castigo». Y en el mismo momento quedaron ciegos los que habían hablado mal de él.

El siguiente incidente no es para menos; y hay que recordar que estos evangelios apócrifos, durante algún tiempo tuvieron validez teológica para los cristianos creyentes. Aquí, de nuevo, el niño Jesús muestra sus poderes sobrenaturales en público:

Días después se encontraba Jesús en una terraza jugando. Y uno de los muchachos que con él estaban cayó de lo alto y se mató. Los otros muchachos, al ver esto, se marcharon todos y quedó solo Jesús. Después llegaron los padres del difunto y le echaban a él la culpa. Jesús les dijo: «No, no. Yo no lo he tirado»; mas ellos le maltrataban. Dio un salto entonces Jesús desde arriba, viiniendo a caer junto al cadáver. Y se puso a gritar a grandes voces: «Zenón -así se llamaba el rapaz-, levántate y respóndeme: ¿He sido yo el que te ha tirado?» El muerto se levantó al instante y dijo: «No, Señor. Tú no me has tirado, sino que me has resucitado». Al ver esto, quedaron consternados todos los presentes y los padres del muchacho glorificaron a Dios por aquel hecho maravilloso y adoraron a Jesús.

Aunque pudiera parecer lo contrario, el asunto no era materia de burlas. Todavía a finales del siglo XVI era ésta una cuestión lo suficientemente grave como para que la Inquisición procesara a quien anduviera más suelto de lengua de lo debido en estos asuntos. Entre 1596 y 1600, Francisco Sánchez de las Brozas, catedrático de griego de la Universidad de Salamanca, sufrió dos procesos inquisitoriales, entre otras cosas, por sus comentarios sobre las condiciones y fecha del nacimiento de Cristo y sobre su infancia. La lectura de esos dos procesos nos ofrece una potenfísima imagen intelectual y moral de este catedrático y otra imagen cruda y miserible de la universidad.

Lo que ocurrió fue que algunas de las cosas que don Francisco Sánchez había dicho en sus clases llegaron a oídos de sus compañeros de Universidad, que terminarían denunciándole ante los tribunales inquisitoriales. Entre otras conjeturas, el Brocense aseguraba lo siguiente:

Lo que se decía en la escriptura que nuestro señor había estado en el pesebre, que se había de entender como comúnmente se piensa, sino de otra manera.

El mismo dijo que los reyes magos estaba en duda si eran reyes..., y que podían ser señores y no reyes. Los reyes no habían venido a adorar a nuestro Señor luego que nació, sino de ahí a dos años, que andaría jugando a la chueca [a la pelota] con los otros muchachos.

Sobre esto respondían los censores inquisitoriales que «es error, porque pone imperfección en Cristo, el cual, desde el instante de su concepción, tuvo el entendimiento tan cabal como después, y también es blasfemia, por ser contra la reverencia de Cristo nuestro señor». También afirmaba el Brocense «que la estrella que se apareció a los magos cuando fueron a adorar a



Cristo, que es cosa de risa». A lo que los mismos censores inquisitoriales respondían: «éste parece que hace burla y que no cree que apareció la estrella... La proposición es herética». Las últimas afirmaciones no tienen desperdicio:

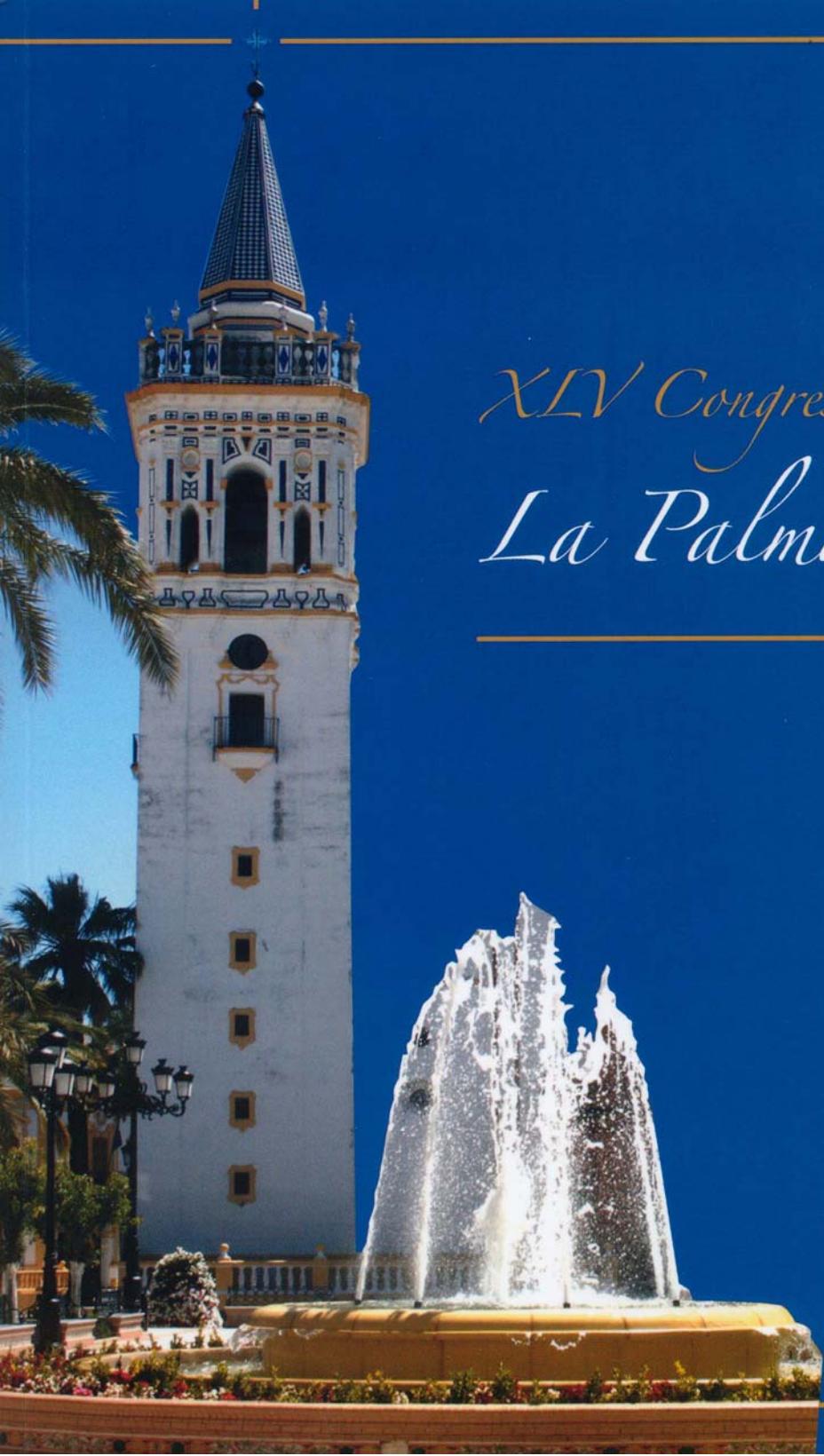
...que nuestra Señora estaba muy sosegada en su casa cuando parió a Cristo y que no fue en pesebre.

...que Christo nuestro señor no nació en el mes de diciembre, sino en el de septiembre.

...que al nacimiento de nuestro Señor no había habido pastores, diciendo con desdén: el diablo llevó allí a los pastores.

Esto de los pastores les debió sentar bastante mal a los inquisidores, que respondieron alegando la autoridad del primer texto que hemos leído: el evangelio de san lucas, donde se narraba todo el asunto, tal como lo celebramos en los belenes y en la Navidad. Decían los fiscales: «Es herejía, porque cuenta san lucas cap. 2º con palabras muy claras cómo vinieron los pastores donde Christo había nacido». Pero estas ideas del Brocense no eran sólo el capricho de un erudito. Había algo más en eso de creer en un Dios que había nacido en casa, sin pesebre ni estrella, al que había circuncidado su madre según la costumbre judía y que jugaba «a la checa con los otros muchachos». Lo que estaba intentando don Francisco Sánchez de las Brozas era prescindir de todo lo que había de mitología en el cristianismo y hacer de Jesucristo un paradigma humano, próximo y posible para el hombre del siglo XVI y todavía vivo, humano y divino para los hombres de los futuros siglos.

- Celso, *El Discurso verdadero contra los cristianos*, ed. Serafín Bodegón, Madrid: Alianza, 1988.
- Corpus inscriptionum latinorum, consilio et auctoritate Academiae litterarum regiae Borussicae*, Berlín: Georgium Reimerum, 1893-1899.
- Díaz, Joaquín, *La Navidad en la tradición*, Valladolid: Universidad de Valladolid, 1997.
- Evangelios apócrifos*, trad. Edmundo González-Blanco, Madrid: Hypsamérica, 1991.
- Fradejas Lebrero, José, *Los evangelios apócrifos en la literatura española*, Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 2005.
- Jesús Briceño Rubio, *Los evangelios apócrifos: fuentes de inspiración belenista*, Humanes de Madrid: Colt Hop, 2005.
- Los Evangelios apócrifos*, ed. Aurelio de Santos Otero, Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 2001.
- Los Evangelios de la infancia de Cristo: la vida oculta de Jesús niño a la luz de los escritos apócrifos*, ed. Alexandre Micha; trad. Alfonso Colodrón, Madrid: Edaf, 1995.
- Procesos inquisitoriales contra Francisco Sánchez de las Brozas*, ed. Antonio Tovar y Miguel de la Pinta Llorente, Madrid: CSIC, 1941.
- Vorágine, Santiago de la, *La leyenda dorada*, selección y prólogo de Alberto Manguel, Madrid: Alianza, 2004.
- Vorágine, Santiago de la, *La leyenda dorada*, trad. fray José Manuel Macías, Madrid : Alianza, 1982.



*XLV Congreso Nacional Belenista
La Palma del Condado*

2007